

DISCURSO DE INGRESO

RECEPCIÓN PÚBLICA
DEL EXCMO. SR. D.
ISMAEL YEBRA SOTILLO
Y
CONTESTACIÓN
DEL ACADÉMICO NUMERARIO
EXCMO. SR. D.
ROGELIO REYES CANO

25 DE MAYO DE 2014

EL LIBRO COMO ARMA TERAPÉUTICA. INTRODUCCIÓN A LA BIBLIOTERAPIA

POR ISMAEL YEBRA SOTILLO

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras
Excmos. Sres. Académicos Numerarios y Correspondientes
Excmos. e Ilmos. Sres. Representantes de Instituciones
Queridos familiares. Sras. y Sres.

No quiero hacer de este comentario inicial un tópico en el que deba alabar y agradecer de forma rutinaria mi elección como académico de esta corporación. Tampoco quiero ejercer de trivial adulator de quienes serán, a partir de ahora, mis compañeros académicos. Como hijo de zamoranos que soy, castellanos viejos y recios donde los haya, aunque nacido en el sevillano barrio de la Alfalfa y criado en Umbrete, siempre he pretendido tener por norte la rectitud de intención y la sinceridad. No sé si lo consigo, pero eso es lo que busco. Y como dice el relato evangélico, lo demás, si ha de llegar, que sea por añadidura.

Llevo más de treinta años siguiendo las actividades de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, asistiendo a sus sesiones públicas, comprando año tras año su boletín en las librerías y leyendo obras de sus miembros. Jamás pasó por mi cabeza que fuera a llegar este día. Prefiero que haya sido así. Las cosas que más se disfrutan son las que se dan sin pretender-

lo, las que llegan sin desengaños y sin esfuerzos repetidamente fracasados.

En la nómina de académicos hay autores de libros que han marcado mi vida. Y lo digo sin ánimo de adular, porque ellos lo saben desde hace años, cuando no existía ni el más mínimo indicio de que este acto en el que nos encontramos en el día de hoy pudiera llegar en algún momento. Obras como *Sevilla insólita*, de Morales Padrón, *La calle de la luna*, de Aquilino Duque, *Conversaciones con Manuel Halcón*, de Juan de Dios Ruiz Copete, *Biografía de un campesino andaluz*, de Alfredo Jiménez Núñez, *Diálogos al anochecer*, de José M^a Vaz de Soto, *Los Corzo y los Mañara*, de Enriqueta Vila, *Sevilla en la Baja Edad Media*, de Antonio Collantes, *Nueva Roma*, de Vicente Lleó, los estudios sobre Carmona y la biografía del Rey Sabio de Manuel González, o la mítica *Sevilla Oculta*, de quien fue mi profesor durante mi paso por la Facultad entonces denominada de Geografía e Historia, don Enrique Valdivieso.

Desde hace años soy lector diario de los artículos de Antonio Burgos y de Gómez Marín, seguidor de los trabajos literarios y admirador de la oratoria de Rogelio Reyes Cano, de la poesía de Jacobo Cortines y de Joaquín Caro Romero, devorador de las *Sevillanías* de Eduardo Ybarra y de las antologías de viajeros ingleses por Sevilla de José M^a Alberich.

Pensar que algún día yo estaría sentado en la Academia junto al reconocido arquitecto Rafael Manzano, a mi admirado filósofo José Villalobos, cuya oratoria es de las más brillantes y sinceras que he oído jamás, y a dos referentes de nuestra ciudad, como son Don Manuel Olivencia y Don Manuel Clavero. Que podría recorrer los paisajes de Villoria y de Doñana de la mano de José Manuel Rubio, los patios de la Casa de Pilato con Ignacio Medina, admirar el *Traianeum* con Pilar León —obra a cuya presentación asistí hace años sin conocer a su autora—, indagar en el mundo de la nobleza con Rafael Atienza o pasear por la Sevilla islámica junto a Rafael Valencia, me parece un sueño que ha dejado de serlo. Profesores universitarios de la entidad de José Luis Comellas, del gran lingüista y mejor persona Antonio Narbona, del prestigioso americanista Ramón Serrera y del epigrafista, internacionalmente reconocido, Antonio Caballos, no deja de ser

una satisfacción personal que ha salido del ámbito de lo onírico para pasar al mundo real.

Cuando supe mi propuesta para ocupar la plaza que dejaba vacante D. Juan Ramón Zaragoza, por parte de los Excmos. Sres. Académicos D. Juan de Dios Ruiz Copete, D. Alfredo Jiménez Núñez y Don Enrique Valdivieso, quedé en un estado de aturdimiento que duró hasta que recibí la llamada de nuestra directora para comunicarme la elección. No puedo más que responder a tanta benevolencia con una promesa: agradecimiento, amistad, amor a la Academia y trabajo. Para llevar lo prometido a buen puerto, pido ayuda a Ntra. Sra. de la Antigua y a San Isidoro, bajo cuyo doble patrocinio fue fundada nuestra institución.

Soy consciente de que mi entrada en esta corporación es por mi condición de médico y, dentro de ello, por representar la figura del médico humanista que encarnaba a la perfección la persona a quien vengo a sustituir: D. Juan Ramón Zaragoza Rubira. Todo lo que diré de él, créanme, aunque sea de obligado protocolo, saldrá del corazón y estará impregnado de sinceridad.

Conocí a D. Juan Ramón en el año 1974. Yo era alumno de tercer curso de la Facultad de Medicina de Sevilla y él fue mi profesor de la asignatura Terapéutica Física. A lo largo de mi carrera universitaria, llegué a la conclusión, y estarán ustedes de acuerdo conmigo, de que son muchos los profesores, pero muy pocos los maestros. A este grado solo acceden apenas cuatro o cinco en los seis años de facultad. Con toda sinceridad D. Juan Ramón fue uno de ellos. Además de su capacidad docente y de su amena y reconocida oratoria, tal vez influyera también esa forma que tenía de ver la medicina desde un punto de vista humano y humanista que siempre me atrajo. Mi admiración fue a más cuando supe de su afición a escribir y leí su novela *Concerto Grosso*, con la que obtuvo el Premio Nadal de Novela en 1980.

A lo largo de mi ejercicio profesional tuve trato con él en distintas ocasiones. Una de ellas fue con motivo de un proyecto de investigación sobre la alopecia en pacientes tratados con quimioterapia que, por diversos motivos, no salió adelante. Y otra, en un homenaje a un compañero que se había jubilado y en el cual compartí mesa con él. Ya conocía y admiraba al profesor,

pero ahí descubrí al hombre. Se convirtió para mí en un modelo, por su talante, su hablar mesurado, su saber estar, su sabiduría, no solo de medicina, sino de otras muchas cosas. Nunca podría imaginarme que llegaría este momento en el que yo, al sucederle en esta Academia, tendría que glosar su figura, cosa que hago, no obligado por el protocolo, sino movido por la admiración y el afecto. Aparte de sus muchos méritos científicos, todos los que le conocieron coinciden en una palabra que le definía a la perfección: D. Juan Ramón Zaragoza era un auténtico caballero.

Y desde el emotivo recuerdo a D. Juan Ramón, quiero dejar constancia de mi consideración a tantos médicos humanistas como ejercen este noble arte de curar en nuestro país y, sobre todo, en nuestra ciudad. No quiero citar a ninguno para evitar olvidos indeseables, pero sí dejar claro que el ser médico y amante de las letras y las artes es el camino más seguro para ser un médico humano. Humanismo y, fundamentalmente, humanidad. Dos cosas que con frecuencia se echan de menos en el denominado acto médico.

Como ya he dicho, desde mi condición de médico y amante de las letras, he escogido para mi discurso de ingreso en esta Real Academia un tema que aúna estas dos disciplinas: la literatura y la medicina. De ahí su título de “El libro como arma terapéutica” y el subtítulo de “Introducción a la Biblioterapia”.

I. EL LIBRO Y LA ESCRITURA

Son pocos los descubrimientos que pueden ser considerados como fundamentales para la evolución y el progreso del hombre. Sin duda alguna el fuego, la agricultura, la rueda... poco más. Puede haber otros tres o cuatro objetos importantes, entre ellos el libro. En los tiempos que corren nos han hecho creer que son muchas las cosas que necesitamos, aunque, mirándolo bien, son muy pocas las que realmente nos hacen falta. Dejando aparte las necesidades básicas comunes al resto de los animales, el término que nos autoaplicamos de racionales hace que precisemos ciertos elementos que, aunque prescindibles, nos hacen diferenciarnos del resto de seres vivos. Sigo pensando que entre estos objetos se encuentra el libro.

Jean Cocteau nos dejó dicho que “la poesía y la música son imprescindibles; lo malo es que no sabemos para qué.” Estoy de acuerdo. Acepto que se puede vivir sin libros, que hay personas magníficas y que incluso me atrevería a llamar cultas, que en su vida han leído un libro. Pero para mí que se pierden una de las mayores gratificaciones y experiencias que puede sentir el ser humano. En ese sentido debe entenderse la frase de Borges que solía repetir: “me enorgullezco, no de los libros que he escrito, sino de los que he leído”.

El fuego, la agricultura, la domesticación de animales, la rueda, todo ello supone un progreso material y es signo de la evolución intelectual del hombre. Pero todo hubiese sido más lento y de forma diferente si no se hubiera intentado dejar constancia de ello. Desde las tablillas sumerias a los soportes digitales actuales, estamos hablando de una necesidad humana por transmitir el saber y del adelanto importante que supone para generaciones posteriores partir no de cero, sino de lo ya conseguido por los antecesores. En palabras de Emilio Lledó, “junto al lenguaje oral, inicio y modelo de la comunicación humana, fue apareciendo otra forma de comunicación, reflejo de aquella originaria, y que ha permitido superar la temporalidad inmediata de la voz y el instante en que se articula”.

Si la palabra es el principio de todo, el auténtico logro del ser humano, y la literatura es el arte de expresarse mediante ellas, el libro es el soporte perfecto para la transmisión de ese hecho. Ciertamente la epigrafía, las escrituras murales, las inscripciones artísticas son medios de transmisión perdurables y admirables, pero el carácter mueble del libro, su economía y sus posibilidades, le hacen ser el medio más importante para la plasmación del saber y de las experiencias humanas, así como el vehículo que, al menos hasta ahora, ha permitido el avance del ser humano a nivel individual y, sobre todo, colectivo.

Con la aparición de la informática y los nuevos medios de comunicación audiovisual, algunos ven cercano el fin del libro. Al menos tal como lo hemos entendido hasta ahora. Para el profesor de Sociología de la Universidad de Roma Franco Ferrarotti, “el libro, hoy, es un peligro. Un peligro mortal. Incluso su silencio se percibe como demasiado orgulloso. A un mundo

dominado por el alboroto inútil, le resulta insoportable”. Para Umberto Eco, “el libro es como la cuchara, el martillo, la rueda, las tijeras. Quizás sus páginas dejen de ser de papel, pero seguirá siendo lo que es”. El libro es elogiado por José Antonio Pérez Rioja, quien ve valores permanentes en él como vehículo de ideas y sentimientos, como morada y fuente de saberes, como soporte de la ciencia y la cultura, a la vez que lo considera clave para el desarrollo integral de la persona.

El libro no desaparecerá del todo, estoy convencido. Pero sí habrá de redefinirse lo que entendemos por libro. Subsistirán la escritura y la lectura, pero podrá cambiar el medio de expresión y la forma de acceder a ella. Nadie escribe ya a lápiz, ni a pluma, ni a bolígrafo. Ni siquiera se escribe a máquina. Raro será encontrar a un escritor que no utilice el ordenador para escribir. Y no ha pasado nada, nadie ha dejado de escribir, al contrario se escribe más que antes y hay más escritores que nunca.

Lo mismo puede decirse de la lectura. A pesar de la existencia de otras formas de acceder a la información y de la competencia de los medios audiovisuales, se lee más que nunca, aunque sea a través de una pantalla. Es el signo de los tiempos. Los periódicos, según parece, están condenados a desaparecer en la forma en que lo hemos conocido, en papel. Esto ya lo estamos viendo. Cada vez son más los lectores de periódicos que se informan a través de la tableta y abandonan el viejo periódico en papel. Cuestan la décima parte, son más rápidos en el acceso a la noticia y permiten, por casi el mismo precio, leer otras cabeceras que difícilmente podríamos conseguir. Algunos autores, como Mauricio Wiesenthal, “los libros necesitan un buen papel, aunque algunos feriantes traten de convencernos de que la edición en papel es mejor”. Más adelante añade: “Para gente ociosa es posible que ese juguete le divierta un rato. Pero para los que pasamos muchas horas delante de horribles pantallas, me parece absurdo llegar a casa y permanecer delante de una pantalla, cuando uno está harto de ellas. Por eso recomiendo leer en papel para que la vista descanse del ordenador y de la televisión”.

En su formato clásico, el libro, nunca desaparecerá. Es una artesanía que, como tal, seguirá teniendo sus cultivadores y sus admiradores. Volverá a convertirse en un objeto de culto, como an-

taño fue. Desaparecerán las baratijas, los libros malos y los malos libros. El libro nació para quedarse para siempre. Si alguien piensa que algún día desaparecerá, habría que gritarle, cual lema monárquico, aquello de: “¡El libro ha muerto... viva el libro!”

II. EL LIBRO COMO ARMA TERAPÉUTICA: IDEA DE BIBLIOTERAPIA.

No pretendemos hacer un discurso basado en la historia del libro, sino resaltar sus valores como medio capaz de favorecer la salud mental y corporal del ser humano. Asistimos recientemente a la creación de nuevas palabras y novedosas técnicas terapéuticas, muchas de ellas de dudosa eficacia. Términos como acuaterapia, hipoterapia, musicoterapia, helioterapia, talasoterapia y otros, son utilizados por profesionales supuestamente entendidos en la materia y demandados por la población dentro de las llamadas terapias alternativas. Tengo que declarar mi rechazo a este término, tan en boga en la actualidad. Prefiero el término “alternativas terapéuticas”.

Si la medicina es el arte y la ciencia del curar, en ella se integran todas las técnicas posibles que, efectivamente, sirvan para curar. Cualquier tipo de limitación lleva consigo un empobrecimiento de ese arte. Rechazo abiertamente palabras como naturopatía, término ya de por sí rechazable en cuanto está mal utilizado. Naturópata sería aquél que está afectado por alguna enfermedad de origen natural. Si queremos definir a un profesional que utiliza de forma exclusiva medios naturales para la curación, debería ser llamado naturoterapeuta.

En todo caso, limitar las armas terapéuticas a una pequeña facción significa un empobrecimiento de la ciencia médica. La medicina obtiene medicamentos de la propia naturaleza y son muchas las plantas de reconocida acción terapéutica. Basta recordar la *Digitalis purpúrea*, de la que se extrae la digital tan útil en enfermos del corazón, la tintura de *Ruscus aculeatus* utilizada como vasoconstrictor, al igual que la *Hammamelis virginiana*, el tan de moda *Aloe Vera*, utilizado desde la antigüedad para la cicatrización y la regeneración tisular. Y así seguiríamos uno tras otro, enumerando principios activos de reconocida actividad te-

rapéutica que se obtienen de plantas, sin olvidarnos de la propia penicilina, procedente de los hongos *Penicillium notatum* y *Penicillium crysogenum*.

Y no solo de las plantas proceden los productos terapéuticos, sino que se obtienen de la misma naturaleza (como el azufre, que se utiliza para el acné y como antifúngico), el yodo (metaloides clásicamente usado como desinfectante), la piedra pómez (como exfoliante cutáneo), la toxina botulínica (para combatir enfermedades neurológicas, amén de su discutible utilización en estética), los venenos de serpientes y abejas (en la fabricación de antídotos y antialérgicos), diversos aceites como el de argán, de rosa mosqueta, incluso el de oliva (como hidratante, regenerador cutáneo y cicatrizante). Sin duda la naturaleza es una fuente de salud, pero a la vez supone un riesgo de enfermedad. El hombre, controlando la naturaleza, más bien diría que conociéndola y sin ir contra ella, puede hacer la vida más agradable, más fácil, más humana.

Se considera a nuestro médico sevillano Nicolás Monardes y Alfaro el precursor de una disciplina que es la denominada Farmacognosia. Es decir, que una vez admitido el hecho comprobado de la utilidad de una planta en el tratamiento de un proceso, era necesario estudiar su mecanismo de acción. Monardes no se conforma con utilizar de forma empírica una planta por que sí, sino que va más allá e intenta descubrir qué componente de ésta es el que realmente tiene actividad terapéutica. Nace así el concepto de principio activo. Esa sí que es una postura científica, alejada del empirismo.

En su casa de la collación del Salvador, Monardes cultivaba y estudiaba las plantas que su yerno le enviaba desde la recién descubierta América. En su jardín-herbolario crecieron los primeros tomates y patatas que se conocieron en Europa. Pero entre ellos cultivó gran cantidad de plantas medicinales como el sasafrás, el palo santo, el guacatane, la raíz del carlo santo, las cuentas de Santa Elena y el tabaco. Sí, digo bien: el tabaco. Procedente de la isla de Tobacco, actualmente Tobago, esta planta que los indígenas llamaban *piticl*, vino de América como medicamento. Los indios lo utilizaban en forma de polvo, extraído de hojas secas, como analgésico y para tratar ventosidades, carbúnculos, empeines y tiñas.

Como resultado de la experimentación médica de Monardes, surgió una obra titulada *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina* y que fue uno de los tratados médicos más difundidos en la Europa del XVI. En los albores de la imprenta, la *Historia Medicinal* conoció dieciocho ediciones fuera de España y catorce en el siglo XVII, siendo traducida al italiano, francés, latín, inglés y alemán. Monardes no sólo recogió en su obra plantas medicinales, sino que también estudió los efectos de otros agentes terapéuticos naturales desconocidos en Europa. Fue fray Bernardino de Burgos quien le envía azufre sublimado desde Quito, con la información de que “los indios lo utilizan para curar los barros”. También recoge el uso de otros elementos terapéuticos no procedentes de plantas, como la piedra bezaar obtenida del buche de cabras montesas y animales de montaña del Perú, utilizada para tratar la sarna y toda clase de enfermedades cutáneas; el polvo obtenido del hueso de la cola del armadillo, para zumbidos y dolor de oídos; la piedra blanca obtenida del hueso de la cabeza del tiburón, para la expulsión de cálculos renales, o los guijarros extraídos del buche del caimán, para el tratamiento de la fiebre cuartana.

Pero, como era lógico esperar, la relación fue de ida y vuelta. Si muchas fueron las cosas que vinieron de Indias, también fueron muchas las que llegaron a ellas. El caballo, el cerdo, la vid... y, sobre todo, el mejor de los medicamentos: el libro. Con la primera imprenta que los Cromberger enviaron a América en 1539, a través de su oficial Juan Pablo, desde la sevillana calle Pajaritos, llegó a la Nueva España el mejor medicamento que las nuevas tierras podrían recibir. En primer lugar libros religiosos y para el culto, pero con el tiempo llegaron obras de filosofía, poética, artes y científicas. Libros útiles para la práctica médica como el *Manual de medicinas caseras para consuelo de los pobres indios en las provincias y pueblos donde no hay boticas*, obra de fray Fernando de Santa María de la orden de Predicadores.

Por desgracia, no todo es capaz de ser resuelto, al menos en nuestro estado actual de conocimiento, gracias a los dones de la naturaleza. Sería maravilloso que todo se resolviera con miel, infusiones de manzanilla y dietas ricas en frutas, y todos los problemas cutáneos con lociones y emplastos de aloe vera.

Pero no es así. Lejos de pensar como un simple tecnócrata opino que, gracias al conocimiento y a la transmisión del saber de generación en generación, hoy podemos disfrutar de una vida más larga y, lo que es más importante, sana. No hay que hacer un acto de fe. Basta mirar las estadísticas y ver la esperanza de vida de los españoles y los europeos en general hace un siglo. Basta comprobar la mortalidad infantil en el siglo XIX y cien años más tarde. Simplemente con una discreta asepsia, como preconizó Semelweiss, médico centroeuropeo sobre el que versó la tesis doctoral del también médico Louis Ferdinand Celine, se redujeron a la mitad los fallecimientos de las parturientas a finales del XIX. Aquello le supuso a Semelweiss la expulsión inmediata del hospital en el que trabajaba, así como la repulsa de todos los médicos que, lejos de pararse a considerar las indicaciones de éste, se limitaron a practicar un denigrante corporativismo.

En el último milenio todos los avances en los que podemos basar un auténtico progreso se han conseguido gracias a la transmisión de saberes de maestros a discípulos, teniendo como vehículo más importante al libro. La transmisión oral es importante, casi tanto como el estudio sobre un medio escrito, pero la cadena es fácil de romper. Además su círculo de influencia es pequeño, casi local. El libro, en cambio, permite conocer el pensamiento de alguien que dista mucho de nosotros, no solamente en el espacio, sino también en el tiempo. Gracias a su permanencia en los libros podemos conocer los aforismos hipocráticos, el canon de Avicena, la obra de Paracelso, los adelantos de la medicina andalusí con Maimónides, Averroes, Avenzoar, la relación de venenos de Pedacio Dioscórides, las innovaciones médicas de Sydenham, Jessner, Pasteur... De no haber quedado constancia escrita el conocimiento probablemente se habría perdido o habría llegado a nosotros de manera alterada y gravemente deformada, como suele ocurrir con el boca a boca, según demostró Mircea Eliade en su obra *El mito del eterno retorno*.

Muchos confunden términos como medicina natural, homeopatía y otras materias de dudosa validez, con la humanización de la medicina. La excesiva tecnificación de la medicina, los nuevos medicamentos, algunos de los cuales son más agresivos que el propio mal que pretenden curar, la masificación de las

consultas y de los centros asistenciales con lo que de despersonalización conllevan, las falsas expectativas creadas por una voraz industria farmacéutica... Todo ello conduce a la consideración del ser humano enfermo como un cliente, un simple usuario.

Desechada la imagen del chamán, el mago, el hechicero, desde tiempos hipocráticos, la medicina occidental es una ciencia que, yo diría, está al servicio del arte de curar. Todos los medios terapéuticos a nuestro alcance, siempre que procedan de un pensamiento racional y hayan pasado por el crisol de una conducta ética, deben ser valorados y bienvenidos. A lo largo de esos casi dos mil quinientos años de historia ha habido avances incuestionables que han mejorado las condiciones de vida de los individuos y de la sociedad. No existe discusión posible sobre la influencia de la ciencia epidemiológica, la mejora de la salubridad pública, el control de las epidemias, la importancia de la vacunación, el descubrimiento de los antibióticos y los avances en anestesia, que han posibilitado técnicas hace años impensables en diversos tipos de cirugía. También son innegables los adelantos en los métodos diagnósticos, desde el descubrimiento de los rayos X a las modernas ecografías, tomografías computerizadas y resonancias magnéticas.

Ante tanto *mare magnum* de medios técnicos y avances farmacológicos, el ser humano se siente a veces superado. No solamente el paciente, sino con demasiada frecuencia el mismo médico. Queda así, rota, la clásica relación médico-paciente establecida desde los albores de la medicina. La diferencia señalada en los aforismos hipocráticos reside en que la relación existente hasta entonces entre el paciente y el chamán, el mago, el brujo, es una relación mágica, basada en la suposición. A partir de la escuela de Hipócrates el médico adquiere unos conocimientos basados en el método científico y el paciente acude a él con otra actitud, no basada ya en la suposición y la sumisión. Nace así la denominada relación médico paciente y con ella el código ético conocido como “juramento hipocrático”.

A partir de esta declaración de intenciones por parte del médico se inicia una nueva forma de ver el acto médico. A lo largo de la historia ha habido hitos similares, como la denominada “oración del médico” de Maimónides, para mí superior en espi-

ritualidad y humanismo a la declaración hipocrática, hasta llegar a los actuales códigos deontológicos de los colegios médicos profesionales. Una nueva ciencia surge a finales del siglo XX: la Bioética. Hasta 1970 nunca se había oído esta palabra. Potter publica entonces un trabajo denominado *Bioética: la ciencia de la supervivencia*. El nombre hizo furor y llegó para quedarse, de la misma forma que ha ocurrido después con el vocablo “biodiversidad”, debido al naturalista Edward O. Wilson en 1988, autor que ya antes había introducido en la ciencia el término “sociobiología”.

Y de la misma manera que en el *Lazarillo de Tormes* se pone en boca del ciego dirigiéndose a Lázaro, después de haberle estrellado en su cara el jarro de vino mientras éste bebía a escondidas, aquello de... ”¡quién te iba a decir a ti, Lázaro, que a causa del vino ibas a enfermar y el mismo vino habría de sanarte!” De la misma forma, como decía, que el libro nos llevó hasta aquí, el mismo libro será el que sea capaz de llevarnos adelante. Lo mismo da el formato. Al fin y al cabo lo importante es la escritura y la lectura. ¡Qué más da que el objeto sea diferente! Aún aceptando lo afirmado por Juan Ramón, que los libros dicen cosas distintas en ediciones diferentes, en este caso diríamos que el lenguaje es el mismo, aunque el formato varíe y sea cuestión de gusto. Lo mismo que existe la posibilidad de editar en rústica, en tapa dura, con encuadernación a la holandesa, a la española, con guardas de papel de agua veneciano o simplemente unir hojas sueltas cogidas “en diente de perro”, debemos admitir de ahora en adelante la existencia del formato digital. Preferible es leer un buen texto en formato digital que uno malo encuadernado en piel. El soporte, la edición, el tipo de papel, la encuadernación, la tipografía, el grabado... serán exquisiteces que nunca desaparecerán.

El libro, al igual que la rueda, cambiará de diseño, pero permanecerá. Lo mismo que el disco o la grabación digital no han acabado ni acabarán con un concierto o con una representación de ópera, ni la televisión ha acabado con la radio, ni los documentales con la pasión por viajar. A principios de los noventa del pasado siglo, McLuhan veía cercano el fin del libro; para él la televisión era “la prótesis fundamental del hombre contemporáneo”. Por ahora se ha equivocado. Los medios audiovisua-

les no han acabado con la lectura. Necesitamos seguir leyendo, que nos cuenten historias, meternos en las vidas ajenas. Virginia Wolf, de forma un poco sarcástica, escribió en su diario que “a la gente le gusta sentir, sea lo que sea.” Y en eso llevaba razón. Se sigue leyendo, pero probablemente la calidad de lo que se lee y la capacidad de discernimiento del lector se han empobrecido. Para Rogelio Reyes, “a medida que se cumplen años, llega un momento a partir del cual cada vez leemos menos a los contemporáneos y buscamos el alimento del espíritu en libros ya leídos, como queriendo autoafirmarnos en ellos en nuestras creencias y convicciones más sólidas”. También seguimos siendo muchos los que necesitamos *Tocar los libros*, como titula una de sus obras el estudioso del libro y la edición Jesús Marchamalo.

El lingüista italiano Raffaele Simone señala la diferencia entre el libro, que es el hospedante físico de un cuerpo que llamamos texto. Para él, al preguntarnos sobre el futuro del libro, también tendríamos que pensar en qué ocurrirá con el texto que está depositado en él. A pesar de todo, estoy convencido, el libro persistirá. Sí es cierto que cambiará, de hecho ya está cambiando. Román Gubern ha definido el hecho como “metamorfosis de la lectura”. Al menos nos sobrevivirá a nosotros, a la generación presente. Si no subsiste a la generación que nos suceda, no me atrevo a augurar un futuro halagüeño para ella. Yo, sinceramente, me alegro de no asistir a ese momento.

III. EL LIBRO COMO SÍMIL DE MEDICAMENTO. LAS BIBLIOTECAS A SEMEJANZA DE LAS FARMACIAS.

Si Borges consideró al mundo como una gran biblioteca lo que entendemos realmente por biblioteca sería como un microcosmos. Para Alberto Manguel, “la enciclopedia mundial, la biblioteca universal, ya existe y es el mundo”. Olvidarse de la realidad pretendiendo ver el mundo simplemente desde un objetivo concreto, en este caso a través del libro, supone un empobrecimiento de la personalidad que puede inducir a situaciones patológicas y extravagantes. El auténtico saber puede fundamentarse en lo escrito, pero necesita del trabajo de campo, de la conexión con el mundo de lo real. Borges supo recrear estas situaciones

absurdas en sus relatos “La biblioteca total” y, posteriormente, en “La biblioteca de Babel”, que incluyó en *Ficciones*.

En el sentido estricto el mundo no será una biblioteca, pero una biblioteca sí es un mundo. Al menos, una forma de representar el mundo, una manera de organizar lo que conocemos por él. En una biblioteca de grandes dimensiones, por ejemplo una pública o de una institución, tendríamos todo lo necesario para los lectores a los que va dirigida. En cada caso concreto se intenta reproducir, parcelar, organizar ese microcosmos que es cada persona, cada asociación, cada institución y que, por diversos motivos, intenta diferenciarse del resto de otros pequeños mundos que, a su vez, son complementarios. Las bibliotecas monásticas son buen ejemplo de ello. Un monasterio intenta reproducir un mundo en pequeño. Intenta tener todo lo necesario para depender de sí mismo y para ello se rige por los postulados de una determinada regla monástica. Dentro de lo imprescindible para la vida monástica están la biblioteca y los libros. Los monasterios, cuando los libros eran un bien escaso y difícil de conseguir, se convierten en centros productores de libros. *Clastrum sine armarium, castrum sine armentarium*. Los libros son las armas del monje y los monasterios se abastecen de las armas que necesitan. Libros litúrgicos para la oración de las horas, libros de Teología, filosóficos y patristicos para los estudios monásticos, libros de historia, de arte, de moral... Son las armas que precisa un monje.

Libros para estudiar, libros para rezar, libros para transmitir el conocimiento. Existen millones de libros, miles de bibliotecas, infinidad de potenciales lectores. Cada uno dependerá de las exigencias propias para su necesidad. De la misma forma que una biblioteca universitaria necesita los libros que interesen a ese microcosmos que es el contenido docente de esa facultad, la biblioteca de una empresa o una institución estará compuesta por los libros necesarios para los objetivos de esa empresa, para los fines de esa institución. Pero ya decía Flaubert, por boca de sus personajes Bouvard y Pecuchet, que “la acumulación de conocimientos no constituye la sabiduría”.

Si Borges, como dijimos, concibió el mundo como una biblioteca, yo me permito, admitiendo el carácter terapéutico de los libros, considerar a las bibliotecas como grandes farmacias.

Los libros se acumularían en estanterías organizadas por temas o por autores. Es como si fuesen medicamentos y los clasificásemos por orden alfabético, según sus indicaciones o presentaciones farmacológicas. El farmacéutico sería en nuestro caso el bibliotecario, el almacenista el librero, la editorial el laboratorio que las fabrica y el investigador haría las veces de autor, escritor o editor, según la empresa o la multinacional editora.

El libro tiene sus indicaciones terapéuticas como cualquier medicamento que se precie. Existen miles, millones de libros. Uno para cada caso, para cada persona, para cada necesidad concreta. Y no me refiero a los libros denominados de autoayuda, que da la impresión de que ayudan poco y que difícilmente resuelven algo. Estos folletines de autoayuda y filosofía para andar por casa, son como ese medicamento placebo que todos sabemos que no sirve para nada, pero que nos consuela con solo leer nuestro caso recogido en las indicaciones. Tampoco incluyo en este grupo de librofármacos a esos libros denominados *best-sellers* que inundan los centros comerciales y las librerías mediocres. Estos libros forman parte de una seudoliteratura que, al igual que ocurre con ciertos productos de dudosa base científica y aún menos utilidad médica, deberían estar en un régimen distinto al de los auténticos libros y no tener el mismo tipo de protección.

Un amigo mío recuerda cómo de niño, allá por los años cincuenta, fue llevado por su padre a la consulta del doctor López Ibor y éste le mandó unas inyecciones de acetilcolina y que leyera un libro: *El sentido de la vida*, del psicoanalista austriaco Alfred Adler. Un acto, sin duda, de biblioterapia. La misma técnica intentó un personaje de la novela catalana del XIX *La familia de los Garriga*, de Josep Pin y Soler. Una pareja de novios descubren que son hermanos; el tío de él, un canónigo de Tarragona, le da unos libros de mística con la idea de aliviar la situación de abatimiento. El desconsolado sobrino le responde que “eso solo sirve para aliviar a los que están ya curados” y, acto seguido, se tira por la ventana. En este caso, la biblioterapia, como ocurre a veces con los servicios de urgencias médicas, llegó tarde.

El libro es una puerta abierta al mundo que posibilita ejercer de terapia. Nos permite hablar en privado con autores de siglos pasados, saber cómo pensaban, qué hacían, qué frustraciones

sintieron. Podemos, por ejemplo, conocer cómo era la sociedad rural francesa del XIX leyendo *Madame Bovary*, cómo eran los salones de París leyendo a Proust, cómo se vivía en el Londres anterior a la revolución industrial leyendo a Dickens, cómo era el Portugal de la misma época leyendo a Eça de Queirós o la España decadente del momento leyendo a Galdós o a Leopoldo Alas “Clarín”. El libro nos permite desayunar con Guy de Maupassant leyendo uno de sus cuentos, tomar una copa de Oporto a mediodía acompañados de Miguel Torga de la mano de uno de sus *Cuentos de la Montaña*, tomar café con Stern en el Florián o el Quadri en la veneciana plaza de San Marcos, o el té en un club del Pall Mall acompañando al Padre Brown de la mano de Chesterton. Pasear por Lisboa junto a Ricardo Reis, tomar café en “A Brasileira” sentado a la mesa con Pessoa, ver atardecer por la rua Dos Douradores. Conocer Marraquech en la voz de Elías Canetti o viajar por el Danubio acompañando a Claudio Magris.

Al igual que existe un medicamento para cada síntoma, para cada enfermedad, existe un libro para cada estado de ánimo, para cada necesidad personal. En general, el libro, todos los libros, sirven para curar una enfermedad de difícil curación: la estulticia. Idiocia, imbecilidad, necedad, tal como la elogió Erasmo; ya que el gran humanista de Rotterdam no se refería a la locura como fue mal traducido en su día, sino a la necedad, la idiotez, la estupidez, la simpleza. Con los libros, por muy alejado que se viva, por muy desplazado que uno se encuentre es posible curar la ignorancia. Actúa, eso sí, de forma lenta pero segura, ampliando el horizonte, abriendo el conocimiento a otras fuentes con frecuencia inaccesibles a las circunstancias personales y descubriendo mundos y mentalidades más allá de nuestro entorno inmediato.

No me cabe la menor duda de que si alguna revolución ha sido viable a lo largo de la historia, ésta ha sido de carácter cultural. Las sublevaciones por causa de territorios, por motivos económicos o comerciales, están condenadas al fracaso más o menos tarde. Ahí están los ejemplos del Egipto de los faraones, el imperio de Alejandro Magno, Roma, Persia, la imperial España, Napoleón y tantos otros que con el paso del tiempo han caído, si no fracasado estrepitosamente en muchos casos. La auténtica

revolución, la que conseguirá un hombre nuevo, una sociedad mejor, más justa y un mundo más humano y habitable solo tiene un camino: la cultura. Y en esa palabra tan mágica como vasta e imprecisa, caben la educación, el respeto, la justicia, la igualdad, la sabiduría, el conocimiento, la expresión plástica y el resto de las artes. Probablemente estemos en el país creado por Tomás Moro, pero la historia del hombre en el mundo no tiene por ahora un final, sino que es un camino. Y éste debe conducir, indefectiblemente, a un país que fue llamado Utopía.

Además de curar lentamente la estulticia, el libro está indicado en estados de ansiedad y desorientación témporo-espacial. Permite la relajación mediante un clima de silencio que nos envuelve y nos invade en el hecho mismo de la lectura. El acto de leer ya de por sí es defatigante, relajante y ansiolítico. ¡Cuántas personas en el mundo duermen gracias a que leen en la cama o antes de acostarse! El sociólogo Michel Peroni, recoge testimonios de presidiarios que comenzaron a leer en la cárcel, “por la noche, en la cama, para poder dormir”. No es difícil admitir que muchas personas ven aminorada su ansiedad gracias a leer, en momentos de crisis, un poema de San Juan de la Cruz, unos párrafos de Santa Teresa o unos capítulos de *Platero*.

No existe una imagen más humana que la de un lector acomodado en un rincón de su casa con un libro en sus manos. Imaginen una mañana lluviosa, da igual si la quieren soleada, con la lluvia o el sol al otro lado de un gran ventanal. Algunos, como Maquiavelo, preferían la noche, otros intentan crear una noche ficticia, como Virginia Wolf, quien en sus conferencias sobre *Las mujeres y la novela*, refleja el ambiente de una habitación lectora: “ni una rueda debe chirriar, ni una luz debe temblar. Las cortinas deben estar corridas. Como si fuera de noche”. Volvamos a nuestra imagen. Un hombre, o una mujer, permanecen sentados en un cómodo sillón de orejas, en una mesa de camilla, cubiertos con sus ropas; visten bata o batín, calzado de paño, las piernas cruzadas. Tras él o ella, una luz tenue que ilumina débilmente la estancia a la vez que otra, más intensa se dirige directamente a unas manos que sostienen un libro. La mirada se fija en él y sus páginas pasan lentamente. Las hojas son pasadas una a una, suavemente, casi acariciándolas con una mano, mientras la otra

sostiene el ejemplar y se deleita con su tacto: piel suave, encuadernación cuidada, lomo con tejuelos, nervios y letras marcadas en oro grabadas con un hierro decimonónico.

La imagen se mantiene durante horas, el silencio es absoluto, la escena sosegada y apacible. Nuestro personaje descansa un momento. Cierra el libro, se levanta, mira por la ventana, observa el ambiente de la calle. Nada comparable con la paz que preside este momento. Se siente engrandecido, feliz de disponer de ese privilegio. No hace falta saber lo que leía, ni qué autor le susurraba a sus oídos. Lo mismo ha estado paseando por *Via Véneto* que surcando los canales de Venecia. ¡Qué más da! Ha sido feliz por una tarde y su espíritu se solaza engrandecido. El libro le ha servido de fármaco eficaz para borrar su sensación de soledad y para llenar ese vacío que le rondaba cerca para envolverle. El libro ha sido el medicamento capaz de evitar una posible crisis de ansiedad, le ha introducido en otras vidas y otros mundos. La lectura ha dado un paso más en la tarea de borrar poco a poco la ignorancia, de abrir la mente un poco más en pos de un objetivo posiblemente inalcanzable. En su conocida obra *Imitación de Cristo*, Thomas Kempis confiesa en pleno siglo XV: “He buscado la felicidad por todas partes, pero no la he encontrado en ningún sitio excepto en un rincón y en compañía de un pequeño libro”.

IV. LAS ENFERMEDADES DEL LIBRO Y EL LIBRO ENFERMO.

De la misma forma que existe el denominado edificio enfermo, es posible definir el síndrome del libro enfermo. Debe entenderse por ello el grupo de síntomas y patologías que pueden ser desencadenadas por todo lo relacionado con el libro. Cabe distinguir las ocasionadas o favorecidas por la lectura, el libro como objeto o el mundo editorial en el contexto de una empresa productiva.

El libro es capaz de inducir la enfermedad del lector cuando no ocupa el lugar que debe ocupar en su vida. Escribe Juan D. Argüelles: “Hay quienes pugnan, sin relatividades, por una neurosis colectiva a favor casi exclusivo de la lectura; ignoran

que no todo está en los libros; que hay muchas cosas, en el cielo y en la tierra, más allá de la bibliografía”. Y sigue citando ese fenómeno despótico que suele verse en muchos lectores que “se creen en posesión de la verdad y que los diferentes están absolutamente equivocados y que su equivocación nos daña en lo personal y dañan al mundo en general”. ¿En qué sentido son mejores los que leen libros frente a los que no leen? André Maurois, en su obra *Un arte de vivir*; describe un tipo de lector devorador de libros que poco o ningún provecho saca de ellos. Para él, “la lectura–visión es propia de los seres que encuentran en ella una especie de opio y se liberan del mundo real hundiéndose en un mundo imaginario”. Y añade más adelante: “en la lectura no buscan ni ideas ni hechos, sino ese desfile continuo de palabras que les oculta el mundo y su alma. La lectura practicada por ellos es totalmente pasiva; soportan los textos; no los interpretan; no les hacen sitio en su espíritu, no los asimilan”. A estos enfermos yo les llamaría bibliófagos.

El enfermo más famoso por causa de la lectura de libros es, sin duda, D. Alonso Quijano. Como parece tratarse de una enfermedad gravemente contagiosa, existen a su vez casos de locura por leer *El Quijote*, como le ocurrió a Pedro Montiel Reverte que, de tanto leerlo, se convirtió en D. Pedro de Lorca, ciudad en la que había nacido en 1787 y en la que era conocido como “Don Pedro el de la caballa”. Tras deambular por los campos de los alrededores finalizó sus días encabezando los desfiles procesionales de su ciudad natal, en tanto sus hijas, haciendo lo que habitualmente se ha hecho con los libros considerados perniciosos, quemaban los cuatro tomos que poseía de una magnífica edición de *El Quijote*.

Son libros que, según algunos autores pueden alterar el normal funcionamiento de las neuronas. Mariano José de Larra, en uno de sus artículos, admite el hecho de que “a algunos chicos y chicas, los libros empiezan a alborotarle los cascos”. El profesor Salvador García Jiménez llama a ciertos manuales de literatura, “libros–bomba”, porque “cuando mencionan en la introducción al Romanticismo la epidemia de suicidios que provocó el *Werther*, lo hacen con la sonrisa del que cuenta un chiste”.

Al libro se le ha tenido miedo en diversos momentos de la historia. Dictadores, burócratas, tiranos y explotadores en general han visto en el libro un enemigo peligroso capaz de cambiar el curso de los acontecimientos o de mover voluntades en contra de sus intereses particulares. Detrás de cada ideología suele haber algún libro: *La Biblia*, *El Corán*, *El Capital*, *Mi Lucha*. De ahí la existencia de la censura. Aceptando el dicho de que nada es más peligroso que una idea cuando no se tiene más que una, lo mismo ocurre con el libro, cuando solamente se lee y se cree en uno. El libro, siempre que no corresponda a la ideología imperante, es considerado un enemigo a batir, un problema en potencia, un objeto peligroso. De ello ha hecho una magnífica recopilación el venezolano Fernando Báez en su obra *Historia universal de la destrucción de libros*. Se citan quemas desde papiros egipcios hasta la actualidad, pasando por censuras en la Grecia clásica a Aristóteles, Empédocles y Protágoras o el asesinato de Hipatia, la primera mujer mártir por dedicarse a la investigación científica.

La censura no ha sido una exclusiva de la iglesia católica. Almanzor mandó quemar todos los libros que existían en las bibliotecas hispanas y que no eran considerados sagrados para los árabes. También fueron censurados por el rey de Sevilla Al Mutadid poemas de Ibn Hazan y en 1232 fueron destruidas en Marsella y en Montpellier las obras de Maimónides.

Un punto de referencia obligada es el *Índice de Libros Prohibidos* que fue confeccionado por el papa Pablo IV en 1559, aunque ya habían dictado índices similares las universidades de la Sorbona, Lovaina, Lucca, Siena y Venecia. La Inquisición perseguía a los luteranos que poseían libros prohibidos y en una ordenanza de 1550 se condenaba a muerte a todos los autores e impresores de libros heréticos. Se persiguieron especialmente ediciones de Biblias como la denominada *Biblia del Oso*, publicada en Basilea entre 1567–1569 por el protestante Casiodoro Reina y reimpresa en Amsterdam en 1602 tras ser revisada por Cipriano de Valera.

Libros editados sin el permiso de la autoridad eclesiástica, sin el *nihil obstat* del obispo de turno, sin las bendiciones de la autoridad competente. El ejemplar sujeto a la censura siem-

pre ha sido considerado como el arma más peligrosa, más incluso que las de fuego, en tanto es capaz de mover voluntades, cambiar pensamientos y favorecer alteraciones sociales. Libros como *El Príncipe*, actualmente considerado como el primer tratado de política moderna. Nicolás Maquiavelo no escribe más que lo que todos los estados hacían, no piensa más que lo que todos los gobernantes pensaban, pero tuvo la osadía de decirlo y dejarlo escrito. Además de un tratado de comportamiento político, la obra de Maquiavelo puede ser considerada como el primer tratado “políticamente incorrecto”. Por eso su libro fue considerado un libro peligroso, un libro enfermo, y su actitud se tachó de perversa, indigna, incluso dio pie a una nueva acepción para tales maldades. Desde entonces se usa el término “maquiavélico” para definir aquello que es astuto, falaz, sutil, maléfico y engañoso.

Desde la aparición del libro en la historia han existido los cánones o relaciones de obras que se consideran importantes e imprescindibles. Al mismo tiempo, se han elaborado listas de obras criticadas y censuradas. Cervantes queriendo recuperar a Don Quijote, enfermo a causa de los libros, se vale del ama, la sobrina, el cura y el barbero para ejercer su crítica literaria. Son condenados a la hoguera libros de caballería como el *Amadís de Grecia*, *Don Olivante de Laura*, *El libro del caballero Platir*, *El caballero de la Cruz*, entre otros. El *Amadís de Gaula* es alabado y salvado de la quema. La pira, utilizada para quemar brujas y herejes, también servía para depurar libros. Incluso hoy en día, el escritor y poeta José Luis García Martín, aconseja quemar, aunque sea de forma irónica y figurada, lo que él denomina “los malos libros”, los de la moderna literatura *kleenex*, libros de usar y tirar.

El poder establecido siempre ha recelado del libro, al menos del libro que no tiene como fin el propagandístico y que, justo lo contrario, tiene como único objetivo el mantenimiento del prestigio y el sostenimiento del poder. De ahí ese afán por secuestrar ediciones enteras y evitar la edición de obras como ocurría en el régimen soviético con obras de Pasternak, Solzhenitzyn, Vasili Grossmann y tantos otros, o en la España de los sesenta con las obras de algunos poetas del 27.

En muchas ocasiones de manera injusta, el libro es a veces ensalzado, a veces denostado. Gabriel Zaid, en su obra *Los demasiados libros*, llega a decir: “¿qué demonios importa si uno es culto, está al día o ha leído todos los libros? Lo que importa es cómo se anda, cómo se ve, cómo se actúa después de leer”. Para Quevedo, existen “libros cultos que doctoran ignorantes”. Franz Tamayo escribió en uno de sus proverbios que “es más fácil ser sabio que ser bueno”. Argüelles corrobora esas palabras: “Hay un sólido sector de bárbaros ilustrados que saben mucho de libros y del libro y la lectura, pero son claramente ineptos para la vida”.

El libro, la lectura, defendida muchas veces como un bien en sí misma, cuando no siempre es así. Para Alberto Manguel, “ser lector no convierte automáticamente a un personaje en un ser noble y ejemplar. Al contrario. Sabemos demasiado bien que la historia abunda en ejemplos de lectores empedernidos que luego, como si nada hubiesen leído, han sido tiranos, torturadores, criminales. El libro no es un instrumento moral”. ¿Es defendible una obra de ínfima calidad por el simple hecho de estar en forma de libro? ¿Es sostenible la frase, que con frecuencia se oye, acerca de que leer siempre es bueno, sea lo que sea? Indudablemente que no. José Luis García Martín, a quien aludía anteriormente, llega a afirmar: ¡“cuántos buenos programas de televisión han dejado de verse por leer malos libros”! Y lo dice quien los ama profundamente. Por eso le molesta que se incluya dentro del mismo paquete una obra de calidad junto a lo que Stephen Vizinczey denomina la “basura seria” y que ocupa las mesas de novedades de las librerías y las estanterías de las bibliotecas. No es fácil calificar a un libro de forma sectaria como basura, entre otras cosas, como dijo Roland Barthes, porque no es siempre fácil de demostrar, ya que “la basura escrita no huele”. En defensa de la escritura puede esgrimirse el verso de Octavio Paz que afirma que “conversar es humano“, y los libros, al menos, inducen a ello. Joseph Brodsky ironiza diciendo que “los libros, por muy malos que sean, siempre sobreviven a su autor, entre otras cosas porque ocupan mucho menos espacio”.

La lectura, en demasiadas ocasiones es una auténtica manía y no son raros los “talibanes libresco”. Son a los libros lo

que los hinchas a los equipos de fútbol. Olvidan que hay mucho inculto y detestable que ha leído y escrito muchos libros y, al contrario, que existen muchos individuos cultos que ni leen ni escriben libros. De ellos dejó constancia D. Ramón Carande en su *Galería de raros* y los definió como ilustres ágrafos.

El libro, la literatura, la lectura, objeto y sujeto de pasiones. El filólogo Víctor Moreno, opina en este sentido que “se tiende a ver en las propias vivencias el no va más de la singularidad. Se hace con tal vehemencia que es difícil de entender, y menos en respetar, que otras personas sean como son y no lean”. Y añade: “Ven en la lectura una cataplasma maravillosa para curar todo tipo de dolencias: del corazón y de los surcos cerebrales o, como decía Mallarmé, del mármol negro de la mente”.

Y curiosamente, quienes más defienden la utilidad de todo tipo de libro, sin restricción alguna, son los que no leen, o los malos lectores, que solo leen este tipo de artefactos. De la misma forma que entre los no amantes del libro siempre ha reinado el recelo y la animadversión. En este sentido, Julio Caro Baroja nos dice “que las malas lecturas son frecuente causa de la pérdida de las almas es una cosa que se ha repetido, sobre todo entre gente poco aficionada a leer”.

Libros edificantes, libros en los que se fundamentan ideologías, pero también libros malditos, como los ha definido recientemente Juan Carlos Díez Jayo. La enfermedad del libro, que tantos enfermos ha ocasionado a lo largo de la historia, ha llegado incluso, a situaciones tan extremas como la encuadernación de ejemplares en piel humana. No exagero: lo mismo que se encuaderna en piel de carnero, de vaca, de oveja, hay encuadernaciones en piel de tiburón, de foca, de morsa, de culebra... ¿por qué no de piel humana? *Ad majus incrementum gloria hominis*, estas encuadernaciones, que podríamos llamar antropoepidérmicas, proliferaron en el siglo XVIII, el denominado siglo de las luces, siglo que, como vemos, también estaba lleno de sombras. Los propios médicos fueron los mejores clientes para este tipo de extravagancia encuadernadora. Anthony Askew, médico y bibliófilo, encuadernó así un libro de anatomía. John Hunter, médico igualmente, también encuadernó en piel humana su *Tratado de las enfermedades de la piel*. Pero no solo los galenos pecan

de extravagantes. El revolucionario francés De Cassagnac, poco después de la toma de la Bastilla, encuadernó un ejemplar de la Constitución de 1793 con piel de enemigos guillotinado, procedente de una fábrica de curtidos de Meudon. El ejemplar se conserva en un museo parisino.

Pero la enfermedad del libro no queda en la extravagancia, sino que llega a altas cotas de inhumanidad. Nunca mejor dicho aquello de que la cultura, por desgracia, no nos hace mejores. Para que quede claro que no todo el que ama los libros y la lectura mejora de sus síntomas, al igual que no todo aquél que toma un determinado medicamento queda curado de su enfermedad, hay casos en la historia que avalan esta afirmación. Un gran lector, André Leroy, asaltó una morgue para conseguir tiras de piel de su admirado Jacques Delille que había traducido las *Geórgicas* de Virgilio. Su admirador encuadernó el ejemplar que poseía con la piel curtida de su traductor, hecho que tuvo lugar en 1831.

El festival de encuadernaciones antropodérmicas continuó durante todo el siglo XIX. Poetas que encuadernaron sus poemas con la piel de su pierna amputada, viudas enamoradas que encuadernaron en piel de su difunto marido – ¡menos mal que difunto! – las cartas de amor que este le había escrito antes de casarse Otro médico francés, el doctor Cornil, encuadernó con piel tatuada de dragones su ejemplar de *Los Tres Mosqueteros*, y con piel de mama femenina, incluido el pezón que resaltaba en el centro de la cubierta, un ejemplar de *L'eloge des seins*, de Mercier de Compiègne. Uno de los últimos esperpentos bibliófilos, o más bien bibliópatas, tuvo lugar a principio del pasado siglo XX. Y nuevamente tiene a un médico como protagonista. Se trata del cirujano holandés Bernhard Siegfried Albinus cuya obra acerca del color de la piel de los etíopes fue encuadernada por el antropólogo Hans Friedenthal con la piel de un negro de esta procedencia y en cuyo centro luce, decorando la cubierta, una foto del individuo.

¡Díganme si después de esto no estamos en condiciones de afirmar que no todo en la lectura y en la pasión por los libros es bueno! Libros que curan, sí. Pero también libros que enferman, que enloquecen, que hacen perder la cordura. Igual que los medicamentos. Unos sirven para curar, pero otros, lejos de conseguir

lo, causan efectos secundarios perniciosos para la salud. Equilibrio. Deseado equilibrio. El médico debe estar continuamente poniendo en una balanza a un lado los efectos beneficiosos, al otro los perniciosos. A veces es un riesgo que hay que correr, pero para eso está la experiencia, la prudencia, el sentido de la cordura inherente a la práctica médica.

Y en los libros lo mismo. ¿Podemos confiar esta labor a los cánones establecidos, a la crítica literaria? Es peligroso. Hay que tener cuidado con ello. Existe, como le oí decir a nuestro desaparecido compañero académico Manuel Ferrand, lo que él denominada “la crítica solapada”. Y hacía este juego de palabras para definir a aquellos críticos sectarios que basaban su ejercicio en el elogio o el vituperio de una obra de una forma asolapada, es decir premeditada y dirigida según intereses extraliterarios. Lo de “solapada” era una forma sutil de aludir a algunos críticos que ni siquiera se habían tomado la molestia de leer el libro, sino solamente el resumen que figura en la solapa de la sobrecubierta.

Más que libros enfermos deberíamos hablar de enfermedades causadas por el libro. ”Libricidad” la llamó Charles Asselineau, escritor francés gran amigo de Baudelaire, que dejó los estudios de medicina para dedicarse a la crítica literaria. Existen lo que podríamos llamar una “bibliodependencia”, con síndrome de abstinencia incluido y auténticos bibliópatas, enfermos del libro como ha definido Miguel Albero en un ensayo en el que pretende hacer un *Breviario personal de bibliopatías propias y ajenas*. Personajes que llegan a perder la cabeza, el equilibrio, como el mismísimo Alonso Quijano, escritores que prefieren no salir de su habitáculo y permanecer rodeados de libros, como los casos de Lezama Lima en su apartamento de La Habana o Xavier de Maistre, que para viajar no necesitaba salir de su habitación. Situaciones paradójicas como las de Julio Verne, que viajó a la luna, al centro de la tierra, al fondo del mar y dio la vuelta al mundo en ochenta días sin necesidad de salir de Francia. O como la de Emilio Salgari, que escribió novelas que tenían por escenario los países más lejanos y exóticos, en tanto él siempre permaneció en Italia. O la del autor de novelas populares José Mallorquí, creador del personaje conocido como *El coyote*, y que jamás pisó suelo mexicano.

¿Es esto enfermedad, ilusión, delirio o simple imaginación? La literatura ante todo es eso. Imaginación. Lo que ocurre es que, a veces, la imaginación llega a fundirse y confundirse con la realidad, incluso en muchas ocasiones la supera. Resulta curioso, y ahí radica el gran poder de la literatura, que personajes que nunca existieron se conviertan en los símbolos de un país, una ciudad o toda una época. ¿Quién no ha sentido el ruido de los cascos de Rocinante paseando por la Mancha? ¿Quién no ha presentido la figura de D. Quijote velando armas en la venta de Puerto Lápice? ¿Qué sería de El Toboso sin la sombra de Dulcinea? ¿Quién no entrevé las figuras de Sherlock Holmes y Watson paseando por Londres en una noche de niebla? En ciertas ocasiones es difícil diagnosticar dónde está la patología. ¿El enfermo es el escritor o el lector? El que fabula, el que inventa, el que distorsiona la realidad: ¿es el que escribe o el que lee?

El libro es un gran objeto de deseo. La obsesión convulsiva por la posesión de libros se puede deber a su contenido, como es el caso de Guillermo de Baskerville, el protagonista de la célebre novela *El nombre de la rosa*, en pos del descubrimiento de un ejemplar oculto de la obra aristotélica titulada *Tratado de la risa*. Esta obsesión por el contenido se da también en los libros prohibidos, ejemplares difíciles de conseguir y en cuyo contenido se adivinan claves ocultas que añaden a su posesión esa especie de morbo por lo desconocido y por esa sabiduría precisa que algunos pretenden ocultar. El ocultismo parece actuar en ocasiones como un valor añadido. Siguiendo con nuestro símil terapéutico, estos libros serían comparables a esos medicamentos difíciles de conseguir, que uno encarga que le traigan de otros países o se mandan elaborar de forma galénica a los farmacéuticos, con la esperanza de que resuelvan un problema, con esa especie de valor añadido de lo oculto, de lo inalcanzable, aunque generalmente conduzcan a la más ingrata frustración.

No quiero definir al coleccionismo como una enfermedad, pero sí es cierto que en muchas ocasiones raya con lo patológico. El afán de completar la obra de un autor concreto, la búsqueda de obras, no por sí mismas, sino en una determinada edición, la valoración de un libro, no en cuanto a su contenido, sino por su encuadernación... ¡Son tantas y tantas las manías de los biblió-

filos! Sin duda, es una enfermedad incurable la bibliomanía. Es una modalidad extrema de bibliopatía. El libro, como dijimos anteriormente, de la misma forma que cura es capaz de conducir a enfermedad.

Imágenes impactantes como las de aquellos lectores impasibles entresacando libros de los derruidos anaqueles, entre escombros y vigas caídas, en la biblioteca de la Holland House de Londres poco después de ser bombardeada el 22 de octubre de 1940. Bibliópatas como el párroco Johann George Thinius, que invitaba a sus feligreses a tomar alguna infusión en su casa y los sedaba para robarles y, así, poder comprar los libros que ansiaba poseer. Actitudes como las de Vicens, personaje descrito por el autor Ramón Miquel i Planas en su cuento *El librero asesino*, que poseía una librería de viejo “en una callejuela estrecha y umbría de Barcelona”, y cuya enfermedad libresca fue tal que llegó a asesinar a sus propios clientes, con tal de recuperar las obras de las que por necesidad se iba desprendiendo. De este personaje hizo Gustave Flaubert un relato titulado “Bibliomanía”.

Dentro de las patologías librescas goza de una paradójica gran salud la denominada *bibliocleptomanía*. Robar libros es un delito a veces tan perdonable como lo es el robar para comer. Sobre todo si el robado es otro. Un amante de los libros no puede sino sentir compasión por un ladrón de libros. Se pone en su lugar y sabe lo mal que se pasa ante la imposibilidad de poseer un ejemplar agotado y difícil de conseguir por los medios normales. Un bibliófilo comprende la lucha mental que el ladrón de libros ha mantenido consigo mismo y le imagina temblando, sudoroso, con el ceño fruncido, las manos cerradas, agarrotado todo su cuerpo, con la mirada perdida. La tentación, comprende, acaba venciendo y el bibliocleptómano sucumbe a la tentación y decide apoderarse del libro objeto de deseo.

Pero como en todos los actos de delincuencia existen circunstancias personales que confieren cierta personalidad al delito. Cada delincuente tiene su mentalidad. Unos actúan por convicción, otros por impulso, otros por simple necesidad. Algunos ladrones de libros son de guante blanco y aprovechan el menor descuido por parte del propietario, que a veces les ha invitado incluso a su casa y, sabedor de su bibliofilia, les muestra su biblio-

teca. El anfitrión los conocía como bibliófilos, pero desconocía esa bibliopatía que padecían, y que eran bibliocleptómanos. Sé del caso de un conocido novelista andaluz que robaba libros en las bibliotecas de sus amigos sin sentir el más mínimo remordimiento. Para él, coger, que no robar, un ejemplar que no poseía y colocarlo en su biblioteca era un acto, no de delincuencia, sino de conveniencia. El libro “no era robado”, sino que cambiaba de sitio. Pasaba a completar una deficiencia en otra biblioteca, en este caso la suya, con lo que el libro se conservaba mejor y se clasificaba de una manera más útil... ¡sobre todo para él!

Esta actitud de apoderarse de libros ajenos, aunque sea considerada delito por parte de su autor, no siempre se ve acompañada del acto del arrepentimiento. El autor chileno Roberto Bolaño publicó allá por 2008 en el suplemento cultural de *El País*, un artículo titulado “¿Quién es el valiente?” En él reconoce su afición a robar libros y va más allá al afirmar que los libros que más aprecia son aquellos que robó en México cuando apenas era un adolescente. ¿La atracción por lo prohibido? ¿La seducción del riesgo? ¿El encanto de acceder a la inaccesible? En su libro, Miguel Albero nos habla de ladrones de libros, entre los que incluye a Álvaro Cunqueiro y, sobre todo, a César González Ruano, de quien Cansinos Asséns comenta, en su obra *La novela de un literato*, que los amigos, cuando iba por sus casas, y los libreros de viejo de Madrid, cuando le veían aparecer por las casetas de la Feria del Libro, tomaban toda clase de precauciones, sobre todo cuando se acercaba hacia las ediciones en rústica y, aún más, si vestía gabardina.

Hay quien no roba libros directamente, sino que basa su actuación en el olvido. Prestar libros es un acto tan poco recomendable como peligroso. El propio refranero castellano se encarga de asegurar que de las dos cosas que nunca se han de prestar, una es la mujer, la otra el libro. Esta variedad de bibliodelincuente basa su acción en hacerse el olvidadizo. Es como una especie de carterista fino que, a pesar de ser consciente de su falta, detesta a los que logran lo mismo utilizando la intimidación y la violencia. Este biblióladrón no roba, pide. No sustrae, solicita. Pero sabe de antemano que ese libro difícilmente volverá a su lugar de procedencia. Es cuestión de esperar. Es como una

cacería al rececho. Basa su éxito en el reparo que su propietario sentirá para reclamar lo que es suyo, en solicitar la devolución del préstamo concedido. En este caso el robo tiene la atenuante de estar exento de violencia, pero añade al caso un plus de incertidumbre que acabará inclinando la balanza de parte del más fuerte anímicamente.

Este ladrón de libros digamos que doméstico, la mayoría de las veces no es más que un pobre desgraciado. Digo pobre porque generalmente no tiene posibles para comprar el ejemplar deseado y desgraciado, porque también se da el mezquino caso de quien aún teniendo dinero para comprarlo, prefiere hurtarlo, añadiendo así al hecho de robar el plus de morbosidad inherente a esa enfermedad denominada bibliocleptomanía. Distinto es el caso del que roba para comerciar con el libro. En este caso el ratero no es un cleptómano, un enfermo pasional, sino un auténtico ladrón de libros. Se trata de ejemplares únicos, códices medievales como ocurrió hace pocos años con el *Códex Calixtinus* de la catedral de Santiago de Compostela, o robos en serie como ocurrió en la España napoleónica.

Pasiones desencadenadas por la lectura, los libros y el afán de poseerlos, a veces inexplicables. ¿Qué interés movería al individuo que decidió morder el ejemplar hológrafo de *Las Moradas* conservado en el convento de *Las Teresas* de Sevilla? ¿Por qué ese afán por destruir libros? A veces es la propia admiración la que lleva a estas actitudes patológicas, de la misma forma que fue asesinado John Lennon por un admirador suyo que quiso así unir su vida definitivamente a la del Beatle que tanto admiraba.

¿Cómo se curan estas patologías derivadas de la pasión por la lectura y los libros? En determinados casos el mal será incurable, pero en otros la curación está en el propio objeto de deseo: el libro. Quevedo acuña en un soneto el término *libropesía*, sed insaciable de libros, en el mismo sentido que el autor clásico Luciano de Samosata definía al *bibliómano Ignorante*, que continuamente compraba libros que engrosaban su biblioteca y que jamás leía. Quevedo, en otro soneto, deja claro que esta enfermedad de la ignorancia tiene curación a través del mismo libro. Su primer cuarteto dice así:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

Biblioterapia, lectura terapéutica en el sentido de la denominada *lectio divina* en la tradición monástica, es decir, lectura con aprovechamiento. Leer, no para pasar el tiempo o para distraerse, sino para crecer intelectualmente. Sería una acción sanadora biblioterapéutica *quasi* homeopática, por el mismo mecanismo de acción que defendía Samuel Hahnemann acerca de la curación de un mal a base de la administración de cantidades infinitesimales del mal mismo.

Se queman libros de ideologías políticas de la misma forma que se queman banderas secesionistas o de países enemigos. A lo largo de la historia se han hecho piras con los libros considerados peligrosos por ser defensores de ideas religiosas distintas o contrarias a la jerarquía establecida. Libros calificados de herejes, de heterodoxos, de maléficos y malditos, cuando los libros no son más que un objeto inanimado al que no parece correcto, al menos desde el punto de vista lingüístico, aplicarle calificativos humanos. Los libros no son herejes ni dogmáticos, en todo caso lo será su autor o, tal vez, el lector que se acerca a ellos y los lee con una actitud pre-determinada que lleva implícita el rechazo, aún antes de leerlos.

Este afán por destruir libros es definido por Umberto Eco con el término biblioclastia. Al igual que los iconoclastas, los afectados por esta misma enfermedad referida al libro son clasificados por el profesor de semiótica italiano en tres tipos: el fundamentalista (que no odia los libros como tales, sino por su contenido), el bibliocasta por incuria (que permite que los libros se destruyan por simple dejadez, por negligencia y abandono) y, finalmente, el bibliocasta por interés (que destruye los libros para venderlos por partes). Este último más bien es un mutilador que amputa partes de un ejemplar sin sentir el más mínimo reparo; únicamente se mueve por el interés económico de venderlo por partes, bien en forma de tomos separados de una misma obra o arrancando grabados para enmarcarlos y venderlos posteriormente como simple objeto decorativo.

A modo de suicidio, las patologías literarias llevan a que algunos autores destruyan sus propios libros. Escritores que quedan defraudados de lectores, editores y, casi podría decirse, de la vida misma. Frustraciones que hacen llegar un momento en el que el autor de una obra considera que no merece la pena el esfuerzo de escribir para una sociedad que no hay libro que la arregle. Actitudes de abandono y reclusión voluntaria, como fue el conocido caso de Salinger, o de pérdida de criterios morales, como le ocurrió a Arthur Rimbaud que se convirtió en traficante de armas.

Aparte de la autodestrucción por el suicidio y por el alcoholismo, de los que hay numerosos ejemplos a lo largo de la historia de la literatura, existen casos de rebelión contra la propia obra. Actitudes destructivas contra el propio trabajo, contra la producción personal y, generalmente, con el fuego de por medio. ¡La pira siempre acechando al libro! Ahora que se ha inventado la máquina destructora de papel y su reciclaje en pasta de papel para nueva utilización, podría recurrirse a otro método, pero a lo largo de la historia, la destrucción de libros siempre ha venido asociada al fuego.

Por diversos motivos, siempre ha habido autores que han quemado sus propias obras. En nuestro país tenemos el caso de ese estupendo escritor que fue Ángel Vázquez. El autor de la gran novela sobre Tänger, *La vida perra de Juanita Narboni*, es el prototipo de “escritor maldito”. Un crítico se extrañaba de cómo se podía ser tan buen escritor y tan mala persona. Alcohólico, defraudador habitual, falseador de datos públicos, homosexual de condición mal asumida, Ángel Vázquez –que en realidad se llamaba Antonio Vázquez y adoptó el seudónimo de Ángel, porque solía decir que su auténtico nombre era más apropiado para un torero– tras escribir dos novelas, una de las cuales llegó a ser Premio Planeta en 1964, quemó poco antes de morir otras dos que permanecían inéditas. La autodestrucción era tal que quiso inmolarse, en efígie, en su propia obra. Adquiere aquí el hecho un fondo patológico que bien podría ser llamado bibliopiromanía, en este caso biblioautolisis, una variedad más dentro de las numerosas bibliopatías.

Siempre el fuego, el enemigo clásico de libros y bibliotecas. Y de la misma manera que existe el suicidio y el intento fallido que, a veces, no es una intención real, sino una actitud teatral, una puesta en escena que sirva de llamada de atención,

también existen ejemplos de falsas ideas destructoras de libros a lo largo de la historia. El caso más conocido es el de Kafka. A su muerte dejó encargado a su amigo Max Brod que echase al fuego todos sus manuscritos. Afortunadamente, éste no lo hizo. Pero bien sabía Max Brod que la idea de Kafka no era realmente esa. De haberlo sido los habría quemado él mismo. No le hacía falta a Kafka esta puesta en escena para que se valorase su obra, pero sí es cierto que en vida, como tantas veces ha ocurrido, su obra no fue valorada. No creo que la carta a Brod fuese una estrategia de *marketing*, pero sí que Kafka consiguió por vez primera que nos enterásemos de lo que era una situación *kafkiana*. Situación tan extravagante como la que Borges refiere en uno de sus cuentos, acerca de un topógrafo tan perfeccionista que quiso hacer un plano de la tierra tan fidedigno que utilizó una escala 1:1 con lo que la empresa resultó inútil. Aunque se trata de una obra de ficción podría ser considerada como una muestra clara de otra bibliopatía más, que podríamos llamar biblioextravagancia.

¿Por qué esta actitud de destruir lo que más se ama? No soy capaz de explicarlo. A mí mismo me ha ocurrido. No soy poeta. Soy plenamente consciente de mi incapacidad para la poesía y, a lo largo de mi vida, solo me considero autor de un poema. ¿A qué se debe que mi primero y último, mi único poema, vaya en este sentido? En él me rebelo contra mi biblioddependencia y dice así:

Libros, libros, libros...
Deambulo por mi biblioteca y me parece
hacerlo por un cementerio
de muertos en vida
y pedantes muertos.
¡Me he convertido en coleccionista
de necedades!

V. LOS MÉDICOS ESCRITORES. ALGUNOS EJEMPLOS DE BIBLIOPOLAS.

Ser médico y escritor es como ser prescriptor y, a la vez, fabricante del medicamento. Siguiendo a Corominas, derivado de *poiéo*, yo hago, el médico que además cultiva la literatura,

sería equivalente al *farmacopola* del mundo clásico, aquél que elaboraba los medicamentos y del cual derivan los actuales farmacéuticos. Con esta base hemos dado en llamarle *bibliopola*. En unos casos el médico es, en primer lugar, médico y además escribe; en otros el escritor es médico o simplemente licenciado en Medicina.

En una de sus cartas, Anton Chéjov escribe: “la medicina es mi mujer legal; la literatura mi amante”. Jamás dejó de ejercer como médico, a pesar del éxito tanto de reconocimiento como económico de su actividad literaria. Un caso similar es el del portugués Miguel Torga, que mantuvo abierta hasta el final su consulta de otorrinolaringología en Coimbra. Otros abandonaron la medicina por la literatura, como le ocurrió a William Carlos Williams que dejó su consulta de ginecología en manos de su hija para dedicarse plenamente a la literatura. Lo mismo tuvo que hacer, en este caso a la fuerza, Sir Arthur Conan Doyle, que cerró su clínica oftalmológica de Londres por falta de pacientes, en tanto el dinero y la gloria literaria le llegaban de la mano de Sherlock Holmes. Algunos nunca llegaron a ejercer como médicos. Están los casos conocidos de Pío Baroja, que apenas ejerció unos meses en el pueblo donostiarra de Cestona, o de Somerset Maugham, el autor de la célebre novela *El filo de la navaja*, que se licenció en Medicina y jamás ejerció.

El médico suele ser lector y, lógicamente no tiene porqué ser escritor. También es posible que sea lector compulsivo, devorador de libros, mal lector. Existen, yo diría que abundan, al igual que en otras profesiones, los malos lectores. El psicopedagogo de la Universidad de Toulouse Jacques Fijalkow se pregunta en su obra el por qué. Se trata de un estudio que pretende sistematizar investigaciones aisladas en ese sentido, procedentes del mundo de la salud y la educación. José Luis García Martín refleja en uno de sus diarios la decepción que le supuso ver en la mesa del despacho de su médico un conocido best-seller de ínfima calidad. Reconocía que casi había perdido desde entonces la confianza en al citado galeno.

Otras veces es el médico el lector empedernido, voraz, compulsivo, casi patológico. Tanto es así que, como relatan Ramón Clavijo y José López en su obra *Lectores sin remedio*, un

médico, al practicar la anamnesis, junto a los datos relativos a la fecha de nacimiento, profesión, domicilio, antecedentes familiares y personales, añadía la siguiente pregunta: ¿Qué ha leído usted últimamente y qué está leyendo ahora? Tal vez, como García Martín, el peculiar médico necesitaba estos datos para conocer mejor a su paciente. No exentos de ironía, los autores añaden que “aquél doctor tendrá un buen indicio de sus dolencias o enfermedades a través de las lecturas, sin necesidad de acudir a las exploraciones pertinentes. Si acababa de leer un ejemplar de literatura erótica no necesitaba médico alguno; pero si estaba leyendo el *Ulises* de Joyce, por ejemplo, necesitaría con urgencia un especialista en aparato digestivo para aliviar el estreñimiento que, de seguro, acabaría padeciendo”.

Manías, locuras y toda una gama de psicopatías librescas. Todo un mundo de personajes alrededor del libro, Desde el escritor al lector, toda una gama de personajillos que pululan por los entresijos de la edición. Más ¿qué sería de la humanidad sin libros? Entraríamos en el campo de la fabulación, como tuvo que hacer mi antecesor en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, D. Juan Ramón Zaragoza, para imaginar un mundo romano sin la invención de la rueda. Tuvo que recurrir a la ficción y escribió *Concerto Grosso*.

Me es imposible imaginar un mundo sin libros, de la misma manera que no nos es posible imaginar un mundo sin la música o sin la belleza de los amaneceres o de las puestas de sol. Un mundo así, no podría ser llamado humano. Quiero imaginar, mejor, un mundo en el que el libro actúe como elemento de unión entre generaciones, como factor de conexión entre clases, como factor terapéutico de enfermedades físicas y mentales. La vida, sin libros, estoy convencido de ello, no merecería la pena.

He dicho.

BIBLIOGRAFÍA CITADA Y RECOMENDADA

- Miguel ALBERO, *Enfermos del libro*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2009.
- ANÓNIMO, *Lazarillo de Tormes*, Edición de Francisco Rico, Ediciones Cátedra, Madrid, 1990.
- Juan Domingo ARGÜELLES, *Si quieres... leer*, Fórcola Ediciones, Madrid, 2009.
- Charles ASELINEAU, *El infierno del bibliófilo*, J. J. de Olañeta, editor, Barcelona, 2013.
- Fernando BÁEZ, *Historia universal de la destrucción de libros*, Destino, Barcelona, 2004.
- Manuel BARTOLOMÉ, María VIDAL, *Escritos y dichos sobre el libro*, Edhasa, Barcelona, 2000.
- Ewis BATUR, *Las bibliotecas de Dédalo*, Errata naturae editores, Madrid, 2009.
- Jacques BONNET, *Bibliotecas llenas de fantasmas*, Anagrama, Barcelona, 2010.
- Juan BONILLA, *Catálogo de libros excesivos, raros o peligrosos*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2012.
- Jorge Luis BORGES, “La biblioteca de Babel”, *Narraciones*, Ed. Cátedra, Madrid, 1980.
- Ricardo de BURY, *Filobiblion*, Cátedra, Madrid, 2006.
- Lewis BUZBEE, *Una vida entre libros*, Tempus, Barcelona, 2008.
- José CABALLERO BONALD, *Pregón de la XXXII Feria del Libro Antiguo y de Ocasión*, Sevilla, 2009.
- Eliás CANETTI, *Voces de Marraquech*, Ed. Pre-Textos, Valencia, 2006.
- Rafael CANSINOS ASSENS, *La novela de un literato*, Alianza, Madrid, 1985.
- Ramón CARANDE, *Galería de raros*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- Julio CARO BAROJA, *Vidas mágicas e inquisición*, Barcelona, 1990.

- Jorge CARRIÓN, *Librerías*, Anagrama, Barcelona, 2013.
- Louis Ferdinand CELINE, *Semelweiss*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.
- Miguel de CERVANTES, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Instituto Cervantes, Ed. Crítica, Barcelona, 1998.
- Lino CICCONE, *Bioética*, Ediciones Palabra, Madrid, 2006.
- Ramón CLAVIJO, José LÓPEZ, *Lectores sin remedio*, EH editores, Cádiz, 2009.
- María CLEMENTE, *Lectura y cultura escrita*, Morata, Madrid, 2004.
- Antonio COLLANTES DE TERÁN, *Sevilla en la Baja Edad Media*, Ayuntamiento de Sevilla, 1984.
- Michel CRÉPU, *Ese vicio todavía impune*, Siruela, Barcelona, 2011.
- Juan Carlos DíEZ JAYO, *Libros malditos, malditos libros*, Piel de Zapa, Barcelona, 2013.
- Aquilino DUQUE, *La calle de la luna*, Diputación de Sevilla, 1973.
- Aquilino DUQUE, *Pregón de la XXIX Feria del Libro Antiguo y de Ocasión*, Sevilla, 2006.
- Umberto ECO, Jean Claude CARRIÈRE, *Nadie acabará con los libros*, Lumen, Barcelona, 2010.
- Mircea ELIADE, *El mito del eterno retorno*, Alianza, Madrid, 1972.
- Hipólito ESCOLAR, *Historia de las bibliotecas*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1990.
- Hipólito ESCOLAR, *Gente del libro*, Gredos, Madrid, 1999.
- Hipólito ESCOLAR, *La biblioteca de Alejandría*, Gredos, Madrid, 2001.
- Franco FERRAROTTI, *Leer, leerse. La agonía del libro en el cambio de milenio*, Península, Barcelona, 1998.
- Jacques FIJALKOW, *Malos lectores ¿por qué?*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1989.

- Gustave FLAUBERT, *Bibliomanía*, J. J. de Olañeta, editor. Barcelona, 2013.
- Salvador GARCIA JIMÉNEZ, *El hombre que se volvió loco leyendo "El Quijote"*, Ariel, Barcelona, 1996.
- José Luis GARCÍA MARTÍN, *A decir verdad (Diario, 2005–2006)*, Libros del Peixe, Gijón, 2006.
- Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Alfonso X el Sabio*, Ariel, Barcelona, 2004.
- Gemma GORCA, *El mundo a través del libro*, Espuela de Plata, Sevilla, 2007.
- Román GUBERN, *Metamorfosis de la lectura*, Anagrama, Barcelona, 2010.
- Aldous HUXLEY, *Si mi biblioteca ardiera esta noche*, Edhasa, Barcelona, 2009.
- Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, *Biografía de un campesino andaluz*, Universidad de Sevilla, 1978.
- Albert R. JONSEN, *Breve historia de la ética médica*, Universidad Pontificia de Comillas y San Pablo ediciones, 2011.
- Thomas de KEMPIS, *Imitación de Cristo*, Editorial Regina, Barcelona, 1987.
- Mariano José de LARRA, *Vuelva usted mañana y otros artículos*, Ed. Salvat, Barcelona, 1969.
- Luciano DE SAMOSATA, *El bibliómano Ignorante*, Errata naturae editores, Madrid, 2009.
- Enrique LLEDÓ, *El silencio de la escritura*, Espasa Calpe, Madrid, 1988.
- Vicente LLEÓ CAÑAL, *Nueva Roma: Mitología y Humanismo en el Renacimiento Sevillano*, Diputación de Sevilla, 1979.
- Claudio MAGRIS, *El Danubio*. Anagrama, Barcelona, 1988.
- Xavier de MAISTRE, *Viaje alrededor de mi habitación*, Ed. Funambulista, Madrid, 2007.
- Alberto MANGUEL, *La pasión por los libros. Un acercamiento a la bibliofilia*, Espasa, Madrid, 2002
- Alberto MANGUEL, *Una historia de la lectura*, Alianza editorial, Madrid, 2003.

- Alberto MANGUEL, *La biblioteca de noche*, Alianza editorial, Madrid, 2007.
- Jesús MARCHAMALO, *Las bibliotecas perdidas*, Renacimiento, Sevilla, 2008.
- Jesús MARCHAMALO, *Tocar los libros*, Fórcola Ediciones, Madrid, 2010.
- Jesús MARCHAMALO, *Donde se guardan los libros. Bibliotecas de escritores*, Ed. Siruela y Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2011.
- José Antonio MARINA, María de la VALGOMA, *La magia de leer*, Plaza y Janés, Barcelona, 2005.
- André MAUROIS, *Un arte de vivir*, Editorial Tomo, México, 1999.
- Ramón MIQUEL, *La leyenda del librero asesino de Barcelona*, J. J. de Olañeta, editor. Barcelona, 2013.
- Nicolás MONARDES, *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales y que sirven en Medicina*, edición facsímil, Padilla Libros, Sevilla, 1992.
- Francisco MORALES PADRÓN, *Sevilla insólita*, Universidad de Sevilla, 1982.
- Francisco MORALES PADRÓN, *La ciudad del quinientos*, Universidad de Sevilla, 1977.
- Víctor MORENO, *La manía de leer*, Caballo de Troya, Barcelona, 2009.
- Jacinto María MUSTIELES, *La vida del libro*, Cámara Oficial del libro, Barcelona, 1934.
- José Antonio PÉREZ-RIOJA, *Elogio del libro*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1997.
- Michel PERONI, *Historias de lectura*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- Henry PETROSKI, *Mundolibro*, Edhasa, Barcelona, 2002.
- Francisco de QUEVEDO Y VILLEGAS, “Dos sonetos”, *Librope-sía y otras adiciones*, Ediciones del silencio. Barcelona, 2009.
- Rogelio REYES CANO, *Elogio de la lectura*. Pregón de la Feria del Libro de Sevilla 2001, Real Academia Sevillana de Buenas Letras y Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 2001.

- Rogelio REYES CANO, “Volver a leer”, *Una mirada a la España de hoy*. Vitela, Sevilla, 2014.
- Rogelio REYES CANO, “La pasión de leer”, *ABC de Sevilla*, 16 de febrero de 2014, p. 16.
- Ana RODRÍGUEZ FISCHER, *Por qué leemos novelas*, Ariel, Barcelona, 1998.
- Francisco RODRIGUEZ MARÍN, *De libros*, Prensa Española, Madrid, 1943.
- Claude ROY, *El amante de las librerías*, J. J. de Olañeta, editor, Barcelona, 2011.
- José RUIZ-CASTILLO, *El apasionante mundo del libro*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1979.
- Juan de Dios RUIZ COPETE, *Conversaciones con Manuel Halcón*, Universidad de Sevilla, 1973.
- Juan SABATÉ DÍAZ, *In Memoriam. Prof. Dr. Juan Ramón Zaragoza Rubira*, Andalucía Médica, octubre 2011.
- Rafaele SIMONE, *La tercera fase. Formas de saber que estamos perdiendo*, Taurus, Madrid, 2000.
- George STEINER, *Los libros que nunca he escrito*, Siruela, Barcelona, 2008.
- George STEINER, *El silencio de los libros*, Siruela, Madrid, 2011.
- Enrique VALDIVIESO, Alfredo MORALES, Luis ARENAS, Luis ARENAS PEÑUELA, Fernando ARENAS, *Sevilla Oculta*, Ediciones Guadalquivir, Sevilla, 1980.
- José María VAZ DE SOTO, *Diálogos al anochecer*, Planeta, Barcelona, 1972.
- Ángel VÁZQUEZ, *La vida perra de Juanita Narboni*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2000.
- Enriqueta VILA VILAR, *Los Corzo y los Mañara*. Universidad de Sevilla, 1991
- Mauricio WIESENTHAL, *Tantos libros con vida. Tantas vidas sin libros*, Asociación de Amigos del Libro Antiguo, Sevilla, 2011.
- Mauricio WIESENTHAL, *Siguiendo mi camino*, Acantilado, Barcelona, 2013.

Virginia WOOLF, “¿Cómo hay que leer un libro?”, *Bibliopesía y otras adiciones*, Libros del silencio, Barcelona, 2009.

Gabriel ZAID, *Los demasiados libros*, Anagrama, Barcelona, 1996.

Juan Ramón ZARAGOZA RUBIRA, *Concerto Grosso*, Ed. Destino, Barcelona, 1980.

Juan Ramón ZARAGOZA RUBIRA, “La medicina inverosímil de Ramón Gómez de la Serna.”, *Minervae Baeticae*, 2ª época, vol. 31, Sevilla, 2003.